



Semana Nacional de la Biblia

LA BIBLIA: UN LIBRO DE LA FE

Extractos de la revelación y la Escritura del *Catecismo Católico de los Estados Unidos* para los Adultos

TRANSMITIENDO LA REVELACIÓN DE DIOS

La Tradición y la Sagrada Escritura “están íntimamente unidas y compenetradas. Porque surgiendo ambas de la misma fuente, se funden en cierto modo y tienden a un mismo fin”.

—CIC, no 80, citando DV, no. 9

El Beato Juan XXIII y el mismo Concilio Vaticano II ilustran cómo la Iglesia constantemente recurre a la Tradición y las Sagradas Escrituras. Este capítulo examina estos fundamentos de la enseñanza de la Iglesia porque es a través de la Tradición y las Sagradas Escrituras que la Iglesia conoce la Revelación de Dios y la transmite de generación en generación.

LA SAGRADA TRADICIÓN

Jesucristo, el Hijo Divino de Dios hecho hombre, es la plenitud de la Revelación por medio de sus enseñanzas, testimonio, muerte y Resurrección. En el camino a Emaús, Jesús resucitado enseña a los dos discípulos cómo es que las enseñanzas de los profetas se habían cumplido en él y habían sido proclamadas por sus propios labios. Justo antes de su Ascensión, Cristo comisionó a los Apóstoles a proclamar el Evangelio a todos aquellos cuyos corazones estuvieran abiertos a recibirlo. La Palabra de Dios Revelada en el Evangelio sería para todos una fuente de la verdad de salvación y de la disciplina moral.

Él ordenó a los Apóstoles a proclamar y dar testimonio de su Reino de amor, justicia, misericordia y curación, anunciado por los profetas y cumplido en su Misterio Pascual. Jesús les mandó el Espíritu Santo para hacerlos capaces de cumplir esta gran comisión, para darles la fortaleza necesaria y para ayudarlos en su trabajo evangelizador.

Con la gracia del Espíritu Santo, los Apóstoles hicieron lo que Jesús les había ordenado. Esto lo hicieron oralmente, por escrito, por medio de la

santidad heroica de sus vidas y asegurándose que hubiese sucesores que continuaran esta misión. La primera comunicación del Evangelio se hizo por medio de la predicación y el testimonio. Los Apóstoles proclamaron a Jesús, su Reino y las gracias de la salvación. Llamaron a la obediencia de la fe (escuchando y obedeciendo la Palabra de Dios), la recepción del Bautismo, la formación de comunidades de creyentes, la reunión para la Eucaristía y la generosidad hacia los pobres.

Los Apóstoles escogieron hombres como obispos para que los sucedieran y les transmitieron a ellos lo “que estos recibieron de las enseñanzas y del ejemplo de Jesús y lo que aprendieron por el Espíritu Santo” (CIC, no. 83). El Papa y los obispos en comunión con él son los sucesores de los Apóstoles y reciben de ellos como herencia la responsabilidad de la enseñanza autoritativa. Llamamos a este oficio de enseñanza: *Magisterium*, el Magisterio de la Iglesia. “El oficio de interpretar auténticamente la palabra de Dios, oral o escrita, ha sido encomendado sólo al Magisterio vivo de la Iglesia” (CIC, no. 85, citando DV, no. 10).

Todos los fieles comparten esta comprensión y transmisión de la verdad revelada. “La totalidad de los fieles [...] no puede equivocarse en la fe. Se manifiesta esta propiedad suya, tan peculiar, en el sentido sobrenatural de la fe [*sensus fidei*] de todo el pueblo: cuando ‘desde los obispos hasta el último de los laicos cristianos’ muestran estar totalmente de acuerdo en cuestiones de fe y de moral” (CIC, no. 92, citando el Concilio Vaticano II, *Constitución Dogmática sobre la Iglesia*

[*Lumen Gentium*; LG], no. 12). Otra forma de entender esta verdad es el principio que establece que el Espíritu Santo, que reside en la Iglesia, lleva a todos los creyentes a creer aquello que pertenece verdaderamente a la fe. “Con ese sentido de la fe que el Espíritu Santo mueve y sostiene, el Pueblo de Dios, bajo la dirección del magisterio, al que sigue fidelísimamente, recibe no ya la palabra de los hombres, sino la verdadera palabra de Dios (cf. 1 Ts 2:13), la fe dada de una vez para siempre a los santos (cf. Judas 3)” (LG, no. 12).

La Tradición es la transmisión viva del mensaje del Evangelio en la Iglesia. La predicación oral de los Apóstoles y el mensaje escrito de la salvación bajo la inspiración del Espíritu Santo (la Biblia) son preservados y transmitidos como Depósito de Fe por medio de la Sucesión Apostólica en la Iglesia. Ambos, la Tradición y las Sagradas Escrituras escritas tienen como fuente común la revelación de Dios en Jesucristo. Esto es particularmente importante para entender y creer cuando uno se encuentra frente a la actitud postmoderna que dice que no se puede confiar en la Tradición y que lo que la Iglesia enseña como Tradición es en realidad solo una reflexión de ciertos juicios y prejuicios. Saber que lo que la Tradición nos enseña tiene su base en Jesucristo, ayuda a la persona de fe a responder a la Tradición con confianza. Las tradiciones teológicas, litúrgicas, disciplinarias y devocionales de las iglesias locales contienen la Tradición Apostólica a la vez que se distinguen de ella (cf. CIC, Glosario, “Tradición”).

LAS SAGRADAS ESCRITURAS

Las Sagradas Escrituras están inspiradas por Dios y es la Palabra de Dios. Por ello, Dios es el autor de las Sagradas Escrituras, lo que significa que Él inspiró a los autores humanos, actuando en ellos y por ellos. Así Dios se aseguró de que los autores enseñaran, sin error, aquellas verdades necesarias para nuestra salvación. *Inspiración* es la palabra que se usa para referirse a la asistencia divina dada a los autores humanos de las Sagradas Escrituras. Esto significa que guiados por el Espíritu Santo, los autores humanos hicieron uso total de sus talentos y habilidades mientras que, a la vez, escribían lo que Dios quería. Hay muchas personas en la sociedad moderna que

encuentran increíble la creencia de que las Escrituras contienen la palabra inspirada de Dios y, por ello, rechazan la Biblia como una colección de historias y mitos. Hay otras personas que profesan su creencia en el Dios Triuno, quienes incluso se les identifica como “eruditos bíblicos” que trabajan para “desmitologizar” las Escrituras, es decir, quitan o explican lo que es milagroso así como las referencias a las palabras y obras reveladoras de Dios. Es importante entender que, ante tales retos contra la Escritura, esta no es simplemente el trabajo de autores humanos como algunos críticos alegan, sino que verdaderamente son la Palabra y la obra de Dios.

INTERPRETACIÓN DE LAS ESCRITURAS

Cuando se interpretan las Sagradas Escrituras, tenemos que estar atentos a lo que Dios quiso revelar, por medio de los autores, para nuestra salvación. Tenemos que ver las Escrituras como una unidad, con Jesucristo en el centro. Debemos también leer las Escrituras dentro de la Tradición viva de toda la Iglesia, de tal manera que podamos obtener una interpretación más verdadera de las Escrituras. La tarea de dar una interpretación autoritativa de la Palabra de Dios ha sido encomendada al Magisterio de la Iglesia. Por último, necesitamos recordar y reconocer que existe coherencia entre las verdades de la fe contenidas en las Sagradas Escrituras (cf. CIC, nos. 112-114).

La Iglesia reconoce dos sentidos de las Escrituras, el literal y el espiritual. Al examinar el significado literal de los textos, es necesario determinar su forma literaria, tal como la historia, himnos, dichos sapienciales, poesías, parábolas u otras formas de lenguaje figurativo. El *sentido literal* “es el sentido significado por las palabras de la Escritura y descubierto por la exégesis [el proceso que los eruditos usan para determinar el significado del texto] que sigue las reglas de la justa interpretación [...] ‘Todos los sentidos de la Sagrada Escritura se fundan sobre el sentido literal’” (CIC, no. 116, citando a Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* I, 1, 10, ad 1).

Los sentidos espirituales de las Sagradas Escrituras derivan de la unidad del designio de Dios para nuestra salvación. El texto de las Sagradas Escrituras revela el designio de Dios. Las realidades y acontecimientos de los que hablan

también pueden ser signos del designio divino. Hay tres sentidos espirituales de las Sagradas Escrituras:

1. El sentido *alegórico*. Podemos adquirir una comprensión más profunda de los acontecimientos reconociendo su significación en Cristo; así, el paso del Mar Rojo es un signo de la victoria de Cristo y por ello del Bautismo.

2. El sentido *moral*. Los acontecimientos narrados en las Escrituras pueden conducirnos a un obrar justo. [Como dice San Pablo], fueron escritos “para nuestra instrucción” (1 Co 10:11).

3. El sentido *anagógico*. Podemos ver realidades y acontecimientos en su significación eter-

na, que nos conduce (en griego: “anagoge”) hacia nuestra Patria. Así, la Iglesia en la tierra es signo de la Jerusalén celeste. (CIC, no. 117)

Se espera que los estudiosos bíblicos de la Iglesia trabajen según estos principios para desarrollar un mejor entendimiento de las Sagradas Escrituras para el bien del pueblo de Dios. La interpretación de las Escrituras está sujeta en última instancia al juicio del Magisterio de la Iglesia, el cual lleva a cabo la comisión divina de guardar e interpretar autoritativamente la Palabra de Dios.